

LAS «GEISHAS» DE MOSTRADOR

Si usted es paseante a pie por las calles de una ciudad de cierta importancia, habrá observado la relativa abundancia de locales discretos que al exterior musitan su anuncio: «Club». Incluso, «club privado». Y también puede haber un letrerito estilizado para decir que se reserva el derecho de admisión. Cuando esta advertencia se lee sobre la pared de una taberna, en mayúsculas gordas, uno «oye» el texto como proferido en amenaza, mientras que aquí, al ser las letras de metal fino, el aviso parece dado por alguien salido de la escuela diplomática. Yo respeto mucho los reglamentos, de manera que nunca osé traspasar estos postigos que tanto se presentan a mi curiosidad itinerante, puertas casi siempre de una hoja, incluso con llamador de metal, aunque siempre se ofrezcan ligeramente entreabiertas. Pero sí me he entretenido alguna vez en imaginar lo que ocurre dentro. Yo pensaba que nada más entrar lo saludan a uno con respeto muy medido, y en seguida le quitan el gabán y le recogen el sombrero y el paraguas -eso, el paraguas, que aquí hace muy bien-; ya mismo están poniéndole una copa de oporto. Bueno, quizá esto del oporto -sólo faltaba que junto, a la chimenea- provenga de haber leído novelas inglesas. Ni siquiera el jerez. Lo más probable, ahora, es el whisky. Esto es lo que imaginé siempre, señores importantes que tratan de altos negocios con ese fetiche de la negociación en su mano, el vaso estrecho y alto con un pedazo de hielo deshaciéndose. Además, mis fabulaciones no casaban mal con la «coyuntura», porque si en cualquier calle hay uno de estos clubs, no digamos consejos de administración. La de consejos de administración que hay.

El otro día, de la manera más simple, me vi en la ocasión de poner a prueba mis anticipaciones. Un amigo me convidó a tomar una copa. Ni bajo pena de vida sabría recordar el nombre del lugar, pero sí que tenía colgando allá arriba esa pestaña suelta del apóstrofo, y luego una ese, como se ve mucho en Picadilly, en la Nogalera de Torremolinos y hasta en Burgos de nuestro interior, agrícolas y clericales: vaya, el genitivo sajón. Ni el más osado se atrevería hoy a poner «Casa Pepe». Mejor «Pepe's Club». Donde yo digo, todo empezó derechamente. El uniforme del portero brillaba y tintineaba. Tuve la sospecha de que en aquel club privado entraba todo el que quería. Pero el hombre es un ser egoísta que aparta cualquier idea contraria a sus ilusiones. En efecto, nos recogieron los abrigos con un tiento que me pareció excesivo para su calidad. La guardarropera, una joven que para qué les vaya decir. Aquello de la recepción era como debía ser, serio, tibio, gratamente expectante. Una música contenida andaba por no sé dónde, por las paredes o por el techo, por la alfombra, por el pelo de la recepcionista. Hacia el interior sonaba también. Entramos.

Sí. Los hombres importantes se ayudaban con el vaso consabido. Había alguna que otra mesa, pero sin nadie. Todos elegían acomodarse en el mostrador, largo, acogedor, sin aristas, almohadillado como invitando a apoyarse en él. En realidad es una preferencia corriente. Lo que, en cambio, me llenó de curiosidad, luego de admiración, fue que detrás del parapeto había un surtido de chicas guapas, repartidas con bastante simetría. Cada chica guapa hacía frente a un caballero. Si las posturas no fuesen sedentes, parecería que un baile antiguo y ceremonioso estuviera a punto de comenzar. Se mantenía un coloquio confidencial, cada cual con su cadacuala. A veces, la chica guapa se echaba hacia adelante, por oír mejor, y revelaba un poco sus razones ocultas. A veces, un caballero le cogía una mano a su chica guapa, y ella, con la mano libre, llenaba los vasos otra vez. A cada uno de nosotros dos, con el vaso inevitable nos pusieron nuestra correspondiente chica guapa. Como ponen en las tabernillas la tapa de la casa. Y empezamos a hablar.

Lo bueno de estos sitios no es lo que uno hable, sino lo que usted pueda pillar por la derecha y por la izquierda. Claro, sí, no resulta muy ético esto de ponerse a espiar, pero mal puede un escribir si no hace por enterarse de la vida. Ahora afirmo solemnemente que lo que se va a hablar con las chicas de los clubs es lo más inocente del mundo. Hay quien cuenta del carburador de su coche, de marcas de lavadoras automáticas, de las vacaciones familiares en Benidorm. He oído a un hombre de aspecto honorable preguntar las señas de una peluquería para recomendarla en casa. Y comentar un cambio político. Y quejarse de los impuestos.

En fin, esto tampoco es una apología. Anda por ahí algún aviso sobre la peligrosidad de esta profesión de las chicas guapas y confidentes. A primera vista, no parece ésta una industria donde pincharse o lastimarse de cualquier manera. Quizá en las horas extraordinarias. Los moralistas, los sociólogos... Qué lástima. Si no fuera por eso, habría para pensar en lo necesario de estas «geishas» de mostrador. Los negocios prosperan -y clubs hay muchos- cuando vienen a llenar un vacío. Dice que este «boom» estalló en Estados Unidos, done un hombre atareado salta miles de kilómetros para ir de un Estado a otro, y en algo tiene que ocupar unas horas en blanco entre avión y avión. Y luego en Asia, porque los guerreros americanos tenían que hablar bebiendo, o beber hablando, para no extenuar a sus psiquiatras. Pero ya cualquier ciudad tiene mucho de selva. En Lisboa, ejemplo, por otra parte, de población proporcionada, leí, hace algún tiempo, un anuncio de periódico donde caballero solicitaba amistad femenina, sólo para «confissao espiritual». Entonces le anduve dando vueltas al mensaje, pero ahora lo entiendo mejor.

Antonio PEREIRA